

FELICIDAD

c. diego luna

FELICIDAD

en un mundo como el nuestro



*“Saltó, Felicidad saltó desde un rascacielos,
y su sangre manchó el concreto”.*

c. diego luna

Capítulo 1

EN UN MUNDO COMO EL NUESTRO

Felicidad subió cada escalón hasta llegar a la cumbre del rascacielos. Sus pies nerviosos luchaban por aferrarse al concreto. Estaba jadeando, pequeñas gotas de sudor bailaban entre sus cejas, y sus manos ardían ansiosas por abrazar el infinito. En sus pupilas se deslumbraba las ansias por buscar un nuevo comienzo. Cuando llegó a la cúspide tomo unos profundos respiros, tratando de calmar los acelerados latidos de su agitado corazón. Luego echó un vistazo a su alrededor, como si pretendiese capturar en una fotografía cada minúsculo detalle de aquel panorama. Cada fragmento le generaba un viejo sentimiento; los edificios parecían más cercanos y amigables, las nubes osos abrazables y los susurros del viento lenguas olvidadas. Felicidad se sonrojó, se vio reflejado en el rostro de la mujer que recibe rosas en un día cualquiera, en el niño que vuelve a los brazos de su padre después de un largo tiempo, en un hombre que experimenta el amor por primera vez entre el calor de una vieja sabana. Quiso detenerse, intentó detenerse, por un momento creyó que lo haría, como si un rayo de luz volviera a nacer en sus entrañas. Busco entre los mares de olvidados recuerdos uno que le diera algún motivo para desistir de su pensamiento. De sus uñas salieron garras aferrándose a la esperanza, volvió a mirar entre las nubes creyendo que la fe aparecería como última instancia. Deseó soñar de nuevo, soltar un par de carcajadas, comer un helado, volver a sentir el calor de una mano amiga, la humedad de una par de labios corriendo hacia los suyos. Pero se encontró con otra realidad, una que le indicaba que algo faltaba, por no decirlo todo. Se dio cuenta que su cuerpo ahora albergaba muertos, y sus manos sostenían hogueras, sogas, y armas de fuego.

Ahora lo entendía en parte; una vez hubo un sistema solar en su pecho; grande, hermoso y complejo, ahora solo quedaba un agujero negro, sin límites y creciendo.

Las garras desaparecieron, y en sus hombros crecieron hierros. "Uno, dos, tres. Uno, dos, tres". Su cuerpo abrazó el suelo, y las alas nunca crecieron.

* * * * *

No pasó mucho tiempo para que las noticias se acrecentaran entre las bocas del pueblo. Nadie podía creerlo. Una chica, le decía a la otra: "Saltó, Felicidad saltó desde un rascacielos, y su sangre manchó el concreto". Amor lo lloró amargamente. Sus padres se negaban a creerlo. Su mejor amiga fue la última en enterarse. Y muchos lo lamentaron, pero ninguno logró entenderlo; Felicidad solo quería conquistar el mundo; amar, bailar,

correr, vivir, soñar, ser como el resto, y si de alguna forma fuese posible; comenzar de nuevo.